



### **El licenciado Avellaneda y *El licenciado Vidriera***

Carolina María Schindler  
Alfonso Martín Jiménez  
Universidad de Valladolid

Nuestro propósito en este trabajo consiste en explicar una de las *Novelas ejemplares* cervantinas, la titulada *El licenciado Vidriera*, desde la perspectiva de la disputa literaria que se produjo entre Miguel de Cervantes y Jerónimo de Pasamonte (Riquer, 1969, 1972, 1988, 2003: 387-535).

En otros lugares se han explicado detalladamente los pormenores de esa disputa (Martín, 2001, 2004, 2005), que puede sintetizarse así: En 1593, el aragonés Jerónimo de Pasamonte, antiguo compañero de milicias de Cervantes, hizo circular en Madrid el manuscrito de su autobiografía, conocida como *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en la que narra sus experiencias militares de juventud, su apresamiento por los turcos y su largo cautiverio de dieciocho años, y en la cual, al describir la toma de la Goleta en 1573 por parte de las tropas cristianas, se adjudicaba un comportamiento heroico similar al que había tenido Cervantes en la batalla de Lepanto (1571). Tras leer la autobiografía de Pasamonte, Cervantes lo satirizó en la primera parte del *Quijote* bajo la apariencia del galeote Ginés de Pasamonte (capítulo 22), y realizó además una imitación meliorativa de su autobiografía al componer la *Novela del Capitán cautivo* (capítulos 37-42). Al leer la primera parte del *Quijote* cervantino, publicada en 1605, Pasamonte se vio en ella vilipendiado e imitado. Por entonces, Pasamonte había añadido una segunda parte a su autobiografía, que culminó al insertar en ella dos dedicatorias fechadas en enero de 1605, pero no pudo darla a la imprenta para no ser asociado al denostado galeote cervantino, autor de una autobiografía titulada *Vida de Ginés de Pasamonte*. Por ello, decidió vengarse de Cervantes continuando la historia de don Quijote, y, en una fecha posterior al 29 de mayo de 1610, hizo correr en manuscritos el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que firmó con el nombre falso del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. En el prólogo de su obra, Avellaneda sugería los motivos por los que continuaba la obra de Cervantes, haciendo ver que éste le había copiado y ofendido. Cervantes leyó el manuscrito del *Quijote* apócrifo e identificó sin ninguna dificultad a su verdadero autor, pues sabía muy bien a quien había atacado e imitado, y, para darle a entender que lo había reconocido, realizó en varias de sus obras numerosas alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y del *Quijote* de Avellaneda, sugiriendo que habían sido escritos por la misma

persona. Así se aprecia en el entremés cervantino de *La guarda cuidadosa* (que lleva una fecha interna de 6 de mayo de 1611, la cual seguramente corresponde al momento en el que se escribió), en *El coloquio de los perros* (novela ejemplar compuesta antes del 2 de julio de 1612, fecha de la solicitud de aprobación de las *Novelas ejemplares*) o en el *Viaje del Parnaso* (cuya parte versificada fue escrita antes de julio de 1613), obras en las que se suceden las referencias veladas a los manuscritos de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y del *Quijote* de Avellaneda, y en las que Cervantes llegó a calcar literalmente las expresiones de su rival (Martín, 2005: 143-173; en prensa). Por otra parte, Cervantes comenzó a escribir la segunda parte de su *Quijote*, en la que quiso pagar con la misma moneda a su imitador remedando el manuscrito del *Quijote* apócrifo (lo que hizo de forma encubierta para que no cobrara renombre a su costa), y en la que también incluyó frecuentes alusiones a la autobiografía del aragonés (Martín, 2001: 193-421; 2005: 175-258). En la segunda mitad de 1614, Cervantes tuvo noticia de que el *Quijote* de Avellaneda había sido publicado, y decidió entonces mencionarlo expresamente para criticarlo, lo que hizo en el capítulo 59 de la segunda parte de su *Quijote*. No obstante, y a pesar de referirse de forma explícita a la obra ya publicada de su rival, Cervantes continuó remedándola de forma encubierta hasta el final de la segunda parte de su *Quijote* (que consta de 74 capítulos), lo que es muestra de su intención de servirse de la obra de Avellaneda para componer la suya. Así, todos los episodios de la segunda parte del *Quijote* cervantino (que sería publicada en 1615) constituyen una imitación meliorativa, satírica o correctiva del *Quijote* de Avellaneda.

El análisis intertextual de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, el *Quijote* apócrifo y *El coloquio de los perros* ha permitido delimitar la fecha en que se puso en circulación el manuscrito de Avellaneda, así como solventar las dudas que han existido con respecto a la datación de la novela ejemplar cervantina (Sevilla y Rey, 1996: V; García, 2005: LIX). El manuscrito del *Quijote* apócrifo se puso en circulación con posterioridad al 26 de mayo de 1610 (fecha de la expulsión de los moriscos aragoneses a la que se refiere Avellaneda en el párrafo inicial de su obra [Martín, 2005: 144; 2005a: 16-18]), y antes del 2 de julio de 1612 (fecha de la solicitud de aprobación que consta en los preliminares de las *Novelas ejemplares* cervantinas), pues su influencia es claramente perceptible en *El coloquio de los perros*, la cual hubo de ser compuesta entre esas mismas fechas (Martín, 2005: 145-160; en prensa).

Por otra parte, tras poner en circulación el manuscrito del *Quijote* apócrifo, Avellaneda leyó la edición impresa de las *Novelas ejemplares* cervantinas, publicada en 1613, y, en el momento de dar a la imprenta su obra a mediados de 1614, realizó algunas modificaciones en su prólogo con respecto al prólogo del manuscrito original para referirse a esa obra de Cervantes (Martín, 2001: 162-168). Así, en el prólogo definitivo del *Quijote* apócrifo se lee que las *Novelas ejemplares* son “más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas” (prólogo, 195)<sup>1</sup>, lo que es muestra de que Avellaneda se sintió atacado en algunas de esas novelas. A este respecto, Cervantes se burló constantemente de Pasamonte en *El coloquio de los perros* (Martín, 2005: 145-160; en prensa), y algo parecido ocurrió, como veremos, en *El licenciado Vidriera*.

Ya Olga Kattan propuso en 1970 lo siguiente: “Es posible que la *Vida y trabajos* [de *Jerónimo de Pasamonte*] sea una de las fuentes del *Licenciado Vidriera*. Pasamonte, como Tomás Rodaja, es alimentado con comida envenenada por una mujer a la que ha despreciado” (1970: 201). Y, como veremos, son más las coincidencias entre ambas obras, o, por mejor decir, las alusiones que hay en la novela ejemplar cervantina a la autobiografía del aragonés. Pero Cervantes no solo aludió en *El licenciado Vidriera* al

---

<sup>1</sup> Citamos por Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, sino también al del *Quijote* de Avellaneda, mostrando así, como también hizo en *El coloquio de los perros*, su convencimiento de que ambos manuscritos pertenecían al mismo autor. Y como trataremos de sustentar, la escritura de *El licenciado Vidriera* representa en buena parte una réplica cervantina al último capítulo del manuscrito del *Quijote* apócrifo, en el que Avellaneda se había burlado claramente de Cervantes a través del personaje del clérigo loco del manicomio de Toledo.

Para explicar la réplica cervantina a Pasamonte, seguiremos el hilo argumental de *El licenciado Vidriera*, destacando las alusiones más importantes a los manuscritos del aragonés. De entrada, cabe señalar que la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* es una autobiografía, y que *El licenciado Vidriera*, como señala Jorge García López, “constituye la biografía de un personaje” (Cervantes, 2005: 855) La novela cervantina comienza relatando el encuentro en las riberas del Tormes de dos caballeros estudiantes con un muchacho “de *hasta edad de once años*”, el cual dice que “el nombre de su tierra se le había olvidado” y que se dirige a Salamanca “a buscar un amo a quien *servir*, por solo que le diese estudio” (585)<sup>2</sup>. Uno de los dos caballeros hace ver lo siguiente: “Desa manera [...], no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria”, y el responde así: “Sea por lo que fuere [...]; que ni el della ni del de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella”. Y añade después cómo piensa honrarlos: “Con mis estudios [...], siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los *obispos*” (585). Y Tomás Rodaja pasa al servicio de los caballeros estudiantes. Este inicio, en el que se muestra a un niño desamparado en busca de amo a quien servir, recuerda el patrón de las novelas que serían llamadas picarescas, y en él pueden verse ya algunos paralelismos con la *Vida y trabajos* de Pasamonte, el cual, al inicio de su autobiografía, se presenta como un niño que, al cumplir los diez años, queda igualmente desamparado tras la muerte temprana de sus padres, y, como los pícaros en la ficción, se ve forzado a servir a un amo: “Después de la muerte de mis padres quedamos tres hermanas y dos hermanos; yo sería *de edad de diez años o por ahí* [...]. A mí me enviaron a Soria a *servir al obispo*” (7)<sup>3</sup>. Y, poco después, Pasamonte añade lo siguiente: “Siendo yo *de edad de doce o trece años*, mi hermano fue por mí y me trujo para *estudiar* la gramática, y un tío mío clérigo, hermano de mi madre, era a quien se había renunciado nuestra tutela” (7). Así pues, tanto el muchacho cervantino, teniendo once años, como Jerónimo de Pasamonte, a una edad similar, pasan a servir a sus amos y reciben estudios, y la elección de la sentencia “de los hombres se hacen los obispos” podría no ser casual, sino destinada a aludir al hecho de que Pasamonte hubiera servido a un obispo. Pasamonte tampoco menciona nunca el nombre de su lugar de origen (Ibdes), lo que resulta cuando menos curioso en un relato autobiográfico (Martín, 2005a); pero Avellaneda también había “olvidado” o fingido su verdadera patria, al presentarse en la portada de su obra como “natural de la Villa de Tordesillas” (187), por lo que la insistencia cervantina en ese detalle (“el nombre de su tierra se le había olvidado”; “no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria”; “Sea por lo que fuere...”) podría constituir una primera alusión conjunta a Pasamonte y a Avellaneda.

A pesar de que poco antes se había negado a decir el nombre de sus padres, el muchacho dice después que se llama “Tomás Rodaja” (585), denominación que cambiará a lo largo de la novela, pues Tomás pasará a llamarse “licenciado Vidriera” al enloquecer,

---

<sup>2</sup> Miguel de Cervantes, *Obras completas*, ed. de Florencio Sevilla, Madrid, Castalia, 1999. Citamos las obras de Cervantes por esta edición.

<sup>3</sup> *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en *Autobiografías de soldados (siglo XVII)*, ed. de José María de Cossío, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XC, Madrid, Atlas, 1956, pp. 5-73. En adelante seguimos esta edición.

y el despectivo “Rodaja” inicial será sustituido por un más digno “Rueda” cuando el personaje recupere la razón. Cuando sus amos acaban sus estudios, Tomás los acompaña a Málaga, y pide después licencia, que le es concedida, para volver y continuar los suyos en Salamanca. En el camino se encuentra con un capitán de infantería, don Diego de Valdivia, cuyo alférez “estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca” (585). El capitán Valdivia alaba ante Tomás la vida de la soldadesca, y emplea una muestra del italiano que empleaban los soldados españoles que servían en Italia: “dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha, patrón; pasa acá, manigoldo; venga la macarela, li polastri e li macarroni*” (585). Jerónimo de Pasamonte, en la versión definitiva de su autobiografía, relataba por extenso sus vivencias como soldado en el reino de Nápoles, y se valía frecuentemente de italianismos, que Cervantes emplearía también para caracterizar a maese Pedro-Ginés de Pasamonte en la segunda parte del *Quijote* (Martín, 2001: 299-300; 2005: 210). El capitán trata de convencer a Tomás para que le acompañe a Italia, y se dice después lo siguiente:

Poco fue menester para que Tomás tuviese el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues la luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios (585).

No obstante, y aunque Tomás decide ir a Italia con el capitán Valdivia, lo hace a condición de no “sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera”. Y como el capitán le ofrece gozar de las ventajas de alistarse y darle licencia todas las veces que pidiese, Tomás alega que eso sería ir contra su conciencia, a lo que el capitán Valdivia responde lo siguiente: “Conciencia tan escrupulosa [...] más es de religioso que de soldado” (586). Esta expresión parece una nueva alusión a Jerónimo de Pasamonte, quien se vio obligado a servir como soldado, aunque procuró por todos los medios, como él mismo expone en su autobiografía, hacerse religioso (y seguramente llegaría a ser fraile bernardo del Monasterio de Piedra [Martín, 2005a: 5-13]). De hecho, Pasamonte relata que en su temprana juventud hizo el voto religioso de ingresar como fraile bernardo en el monasterio de Veruela, y que, ante la oposición de su hermano, se fue a Barcelona con la decisión de pasar a Roma y estudiar para sacerdote (7). Pero en ese momento se replanteó su situación:

Estando en Barcelona con descomodidad, me puse a pensar y dije: «¡Válame Dios! Yo soy corto de vista. ¿Cómo tengo de estudiar no teniendo renta?» Y pensé en mi imaginación: «Mis abuelos sirvieron al rey Católico don Fernando y valieron tanto; también puedo yo servir al rey». Y así, me fui a la plaza de San Francisco, y me asenté soldado en una compañía que allí se hacía. El capitán se llamaba D. Enrique Centellas, y D. Miguel de Moncada el maestre de campo. Pasé en Italia con el señor D. Jun de Austria ... (7).

Así pues, tanto Tomás Rodaja como Jerónimo de Pasamonte tienen el objetivo de estudiar, que aplazan momentáneamente al plantearse la posibilidad de hacerse soldados y de partir hacia Italia; ambos realizan una breve reflexión sobre las ventajas que acarrearía tomar esa decisión; el alférez del capitán cervantino “estaba *haciendo la compañía*”, y Pasamonte se inscribe “en una *compañía* que allí se *hacía*”; finalmente, los dos parten a Italia con una compañía de soldados, y en ambos casos se informa del nombre de su capitán. No obstante, Cervantes establece una distinción, al hacer que Tomás Rodaja decida acompañar a la compañía sin alistarse en ella, lo que le permitiría volver tras su viaje a Salamanca y proseguir sus aplazados estudios, ya que, como calcula el personaje, en dicho viaje “a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años”, en lo que parece una alusión al largo cautiverio de dieciocho años que sufrió Pasamonte tras alistarse en una compañía y ser capturado por los turcos.

La descripción que hace Cervantes de los lugares italianos que visita Tomás Rodaja coincide en gran medida con los que describía Pasamonte en su autobiografía. Como consta en dicha obra, Pasamonte conocía bien varios lugares italianos, pues estuvo en Italia en su época juvenil de soldado, volvió a Italia en 1592 cuando fue liberado del cautiverio, atravesando parte del país antes de viajar a España, y regresó nuevamente a Italia en 1595 para servir como soldado en el reino de Nápoles durante varios años. Y Cervantes, que también conoció Italia en su juventud, se propuso dar su propia versión sobre el país. La crítica ha insistido en que el relato del viaje de Tomás Rodaja resulta demasiado frío, ya que el personaje se limita a describir los lugares por los que pasa, sin narrar las experiencias ni las vivencias personales que en ellos pudieran haberle acontecido. Es exactamente lo contrario de lo que ocurre en la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en la que su autor apenas describe los lugares de Italia por los que transita, insistiendo, sin embargo, en los padecimientos que sufre en sus viajes; de ahí que Cervantes seguramente se propusiera obviar el relato de las experiencias de su personaje, y optara por describir la belleza, singularidad o suntuosidad de todos aquellos lugares que Pasamonte apenas había dibujado.

Al partir, Tomás elige llevar consigo dos libros: “unas *Horas de Nuestra Señora* y un *Garcilaso* sin comentario” (586). El primero de esos libros es el que lee el don Quijote de Avellaneda en el primer capítulo de la obra apócrifa (“Comenzó tras esto a ir a misa con su rosario en las manos, con las *Horas de Nuestra Señora*” [I, 209]), y el mismo que usaba asiduamente Pasamonte: “...y en un *oficio de Nuestra Señora* (que me fue prestado allí, que el mío lo había olvidado) dije la oración *in afflictione*...” (44); “...y tomo el *oficio de Nuestra Señora*...” (65-66).

Y tras llegar a Cartagena, Tomás embarca en las galeras para ir a Italia:

Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Rodaja la estraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinchas, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos; que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova; y, desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente *gaudeamus* (586).

La descripción de la dura vida de las galeras es parte esencial de la autobiografía de Pasamonte, que fue forzado a remar como galeote de los turcos durante su largo cautiverio. Y las borrascas que describe Cervantes en el golfo de León, así como la llegada a Génova, tienen un claro correlato en la *Vida* de Pasamonte, quien describe cómo, embarcando en Génova hacia España, sufrió un vendaval que devolvió su embarcación a la ciudad italiana, donde, al igual que los protagonistas del relato cervantino, visitaron una iglesia, y, después, una hostería:

...en Génova me fue necesario pagar el pasaje para España [...]. Una nave aragona que se llamaba Cebesina se partió para España la vuelta del carnaval [...]. Y llevaba muchos pasajeros [...]. En pocos días llegamos a vista de las montañas de Cataluña, muy contentos, y soplaron los vientos de aquellas montañas tan fuertes, que nos hicieron volver por fuerza la vuelta de Génova. Tomamos puerto en Villafranca de Nisa, cerca el Ginovesado [...], y aquellos sacerdotes fueron a la iglesia y celebraron una misa [...]. Un soldado que me acompañaba a España, y yo le hacía buena obra, con otros amigos, me llevaron a una posada en brazos... (34).

Y si Tomás Rodaja viaja junto al capitán Valdivia, quien le favorece, también Pasamonte viaja acompañado por un soldado español, al que ayuda. Tomás se dispone a viajar “por tierra a Roma y a Nápoles” (586), ciudades también destacadas en la autobiografía de Pasamonte, ya que vivió en la primera, donde obtuvo una plaza de soldado residente, y visitó la segunda en acción de gracias y para gestionar su posible

ordenación sacerdotal tras ser liberado del cautiverio. Tomás pasa por otras ciudades italianas, como Florencia y Luca, y se dirige después a Roma, ciudad que Cervantes describe detalladamente, no sin realizar nuevas alusiones a la autobiografía del aragonés: “Y, habiendo *andado* la estación de *las siete iglesias*, y confesándose con un penitenciario, y besado el pie a su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas, determinó irse a Nápoles” (586). También Pasamonte realizó la visita de las siete iglesias en Roma (“visito *las siete iglesias* de Roma espiritualmente, así como las *anduve* corporalmente” [66]), obtuvo la absolución del Papa (“Diose memorial a su Santidad, y se me sacó el breve y absolución que ahora tengo” [33]) y se aprovisionó en Roma de “agnusdeis” (es decir, de láminas de cera con la imagen del Cordero bendecidas por el Papa): “Al arzón de la silla llevaba yo un saquito y una caja de *Agnus Dei* bendecidos” (34).

En el relato cervantino se lee después que Tomás Rodaja partió de Roma y “se fue por mar a Nápoles”, y Pasamonte relata el mismo viaje por mar entre las dos ciudades: “Llegué en Nápoles muy pobre, y una barca que me trujo de Roma no tuve con qué pagarla” (40). Tomás se dirige después a Sicilia: “y vio a Palermo, y después a Micina” (586). Estas ciudades también se mencionan en la autobiografía de Pasamonte: “mi capitán, D. Pedro Manuel, me quiso dejar en Mesina y en Palermo” (8). Y el relato del viaje de Tomás Rodaja continúa así:

Volvióse a Nápoles y a Roma, y de allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vio paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios, por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa (586-587).

Como señala Jorge García López, la crítica ha pensado “que la dilatada mención de las reliquias podría tener una motivación irónica” (Cervantes, 2005: 274, nota 36). Y el carácter irónico y dilatado de esa descripción se explica fácilmente al considerar que encierra una clara alusión burlesca a la autobiografía de Pasamonte, quien había dedicado un capítulo de la misma a describir la penitencia de cuarenta días que, como agradecimiento por su liberación del cautiverio, realizó, precisamente, en *Nuestra Señora de Loreto*: “Yo vine a Roma con intento de irme a Nuestra Señora de Loreto a hacer una cuarentena, y luego me partí para Nuestra Señora de Loreto” (32). Y aunque fueran de uso frecuente, las expresiones que utiliza Cervantes (“en cuyo *santo* templo...”; “aquella *sacrosanta* imagen...”; “la *devoción* que le tienen...”...) parecen remedar intencionadamente las que abundan en la autobiografía de Pasamonte: “aquella *santísima* casa”; “la *sacratísima* casa de la Madre de Dios”; “Yo no fui a esta *santa* casa por voto, sino por *devoción*” (32).

En suma, varios aspectos del viaje que realiza el protagonista de la novela cervantina por Italia parecen aludir claramente a las experiencias narradas en la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*.

Tras visitar otras ciudades italianas y Flandes, Tomás Rodaja decide volver a Salamanca, donde prosigue sus estudios “hasta graduarse de licenciado en leyes” (587), y después conoce a “una dama de todo rumbo y manejo” que se enamora de él, la cual “le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda”, sin lograr que Tomás la corresponda:

Pero, como él atendía más a sus libros que a otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora; la cual, viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos, a su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una *morisca*, en un membrillo toledano dio a Tomás unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla (587).

Como ya indicara Olga Kattan, algo muy parecido se narra en la *Vida* de Pasamonte, el cual, viviendo en Gaeta, localidad famosa en los anales del Renacimiento por sus brujas (Caro, 1992: 360), se resiste a casarse, y también es presionado por una morisca: “Esta *morisca* tunecina procuraba atraer mi natural a que yo me casase con una de las doncellas pobres y vecinas suyas. Yo dije que ni quería ni podía casarme, que no tratase dello” (41). Y Pasamonte añade que escuchó a la morisca decir lo siguiente: “¡ [...] que somos cocineras y ponemos en las comidas lo que queremos, y hacemos lo que queremos su mal pesar de los hombres!” (41). Así pues, en ambos casos una hechicera morisca trata de forzar a un hombre reticente para que se una a una mujer a través de las sustancias que echa en los alimentos.

El narrador de la novela cervantina pone en duda que las hechiceras puedan forzar la voluntad, pues no hay “en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío”, y señala que, con sus “bebidas o comidas amoratorias”, las hechiceras solo consiguen “dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones” (587). Estas últimas palabras aluden a la autobiografía de Pasamonte, el cual había narrado sus diversas experiencias con las brujas que le daban sustancias venenosas, mostrando también su convencimiento en la inutilidad de los hechizos y su preocupación exclusiva por los envenenamientos: “y tengo por cierto que por eso me quitó a mí una camisa que me había hecho (que no valía siete reales) para sus encantos. Pero Dios me guarde de veneno, que lo más no lo estimo en nada” (50). Y Pasamonte contaba así el envenenamiento de que fue objeto por parte de la hechicera morisca:

...me vino a visitar la morisca y la madre de aquellas mozas con quien me querían casar, y me trujeron dos pares de huevos frescos y un rollico de pan, y me hicieron reír y se fueron. Y mi compañero Almagro se fue luego y tornó corriendo a pedirme los huevos y el pan, y ya yo me lo *había comido* todo. Él había sabido la traición, y por no alterarme no dijo nada. *Yo torné a la muerte y perdí todo mi juicio* [...]. Y después se supo toda la maldad y echaron de Gaeta una pobre mujer porque creyeron que culpaba. Los huevos frescos entosigados, y el pan con sesos de gatos y mil bellaquerías (42).

Algo muy similar le sucede a Tomás Rodaja:

Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento empezó a herir de pie y de mano, como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que *había comido* le había *muerto*, y declaró quién se le había dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fue a buscar a la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se había puesto en cobro y no pareció jamás (585).

En ambos casos, por lo tanto, una morisca envenena con una pócima amoratoria a quien no quiere unirse a una mujer, el envenenado se da por muerto, interviene la justicia, y la culpable se salva. Se dice después que Tomás Rodaja “mostraba *tener turbados todos los sentidos*” (587), y Pasamonte había descrito así en su autobiografía otra de sus indisposiciones: “...me vi *perdido de los sentidos*” (44). Y si Pasamonte afirma que enloqueció a consecuencia del veneno (“perdí todo mi juicio”), lo mismo le ocurre a Tomás Rodaja, el cual quedó “loco de la más estraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio...” (587).

Como ha señalado la crítica, la locura del personaje, que se cree de vidrio y vive atemorizado suplicando que “no se le acercasen, porque le quebrarían” (587), podría estar inspirada en algún caso real, ya que hay testimonios de enfermos mentales de la época que se creían de vidrio (Sevilla y Rey, 1996: XL-XLI). Pero no por ello deja de adecuarse perfectamente a una de las principales características de Jerónimo de Pasamonte, el cual da sobradas muestras en la segunda parte de su autobiografía de su manía persecutoria, ya que, después de experimentar el envenenamiento descrito, se cree constantemente perseguido por brujas y seres demoniacos que tratan de perjudicarlo

o de acabar con su vida. Según el *Diccionario de Autoridades*, *vidriera* es “apodo con que se moteja a una persona nimiamente delicada”, y *hombre vidrioso* es aquel “de condición delicada y que se siente de cualquier cosa que le digan”, y, como afirma Jorge García López, “El mote ‘Vidriera’ refleja su esquizofrenia paranoide” (Cervantes, 2005: 205-206: notas). Por ello, Cervantes bien pudo haber elegido la extraña enfermedad de su personaje como una burla de la paranoia de Pasamonte, cuya autobiografía ha remedado hasta el momento en el que Tomás Rodaja es envenenado y enloquece.

En suma, en esta primera parte de *El licenciado Vidriera* hay varias e inequívocas alusiones a la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, ya que tanto Tomás Rodaja como Pasamonte son presentados como niños desamparados y de edad similar que precisan de un amo a quien servir; ambos “olvidan” el nombre de su patria; reciben estudios en su niñez y pretenden continuarlos en su juventud; reflexionan sobre la posibilidad de abandonar sus estudios para hacerse soldados; parten hacia Italia con una compañía militar; tienen como libro de cabecera unas *Horas de Nuestra Señora*; experimentan la vida de las galeras; sufren borrascas en el Golfo de León y llegan a Génova, visitando allí una iglesia y yendo a una hostería; viajan por varias ciudades italianas; recorren en Roma las “siete estaciones”, obtienen la absolución y la bendición papal y se aprovisionan de *agnusdei* bendecidos; viajan por mar desde Roma a Nápoles; conocen Mesina y Palermo en la isla de Sicilia; visitan el templo de Nuestra Señora de Loreto, y, tras rechazar a una mujer que les pretende, toman un alimento envenenado por una hechicera morisca que quiere forzar su voluntad, lo que les hace perder el juicio, convirtiéndose en paranoicos que se creen en peligro constante de perder la vida.

Y al enloquecer, el personaje cervantino pasa a llamarse el “licenciado Vidriera” (588), lo que resulta especialmente significativo, pues ese cambio de nombre representa una alusión al hecho de que Jerónimo de Pasamonte también hubiera cambiado el suyo al escribir el *Quijote* apócrifo, que aparecía firmado con el nombre del “*licenciado* Alonso Fernández de *Avellaneda*”. Así, el nuevo nombre de *licenciado Vidriera* remite al del *licenciado Avellaneda*, con el cual presenta claras similitudes fonéticas. De esta forma, la esquizofrenia paranoide del personaje cervantino remeda la manía persecutoria de Pasamonte, y su nuevo título y nombre sugieren los que se había adjudicado falsamente el autor del *Quijote* apócrifo. Y al aunar en su personaje las alusiones a Pasamonte y a Avellaneda, Cervantes da a entender, como también hiciera en *El coloquio de los perros*, que eran la misma persona.

Y si Cervantes había llenado la primera parte de su relato de alusiones a la *Vida y trabajos de Pasamonte*, el comportamiento del personaje enloquecido que pasa a llamarse “licenciado Vidriera” supone un claro remedo del episodio del clérigo loco del *Quijote* de Avellaneda. En el último capítulo de la obra apócrifa, don Quijote era llevado al manicomio de Toledo, donde se encontraba con diferentes tipos de locos, a uno de los cuales se le describía así: “Vio a un hombre puesto en tierra en cucullas, vestido de negro, con un bonete lleno de mugre en la cabeza [...], que parecía estaba en una profundísima imaginación” (36, 456). Este hombre, al que Avellaneda llamará “loco clérigo” (36, 461), dice a don Quijote lo siguiente:

-¡Ah señor caballero, y si supieseis quién soy! Sin duda os movería a grandísima lástima, porque habéis de saber que en profesión soy teólogo, en órdenes, sacerdote, en filosofía, Aristóteles; en medicina, Galeno; en cánones, Ezpilcueta; en astrología, Ptolomeo; en leyes, Curcio; en retórica, Tulio; en poesía, Homero; en música, Enfión; finalmente, en sangre, noble; en valor, único; en amores, raro; en armas, sin segundo, y en todo, el primero (36, 456).

Como ya advirtiera Monique Joly (1996: 155-157), Avellaneda parodia lo afirmado en la primera parte del *Quijote* cervantino por el canónigo toledano, quien se había expresado en los siguientes términos a propósito de las posibilidades de los autores de los libros de caballerías:

Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Catón; y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre... (I, 47, 305).

La crítica de Avellaneda supone una réplica a los ataques que Cervantes había realizado contra Lope de Vega en los capítulos 47 y 48 de la primera parte del *Quijote*, en los cuales el canónigo toledano mantenía una conversación con el cura, y éste profería duras críticas contra las comedias de la época que había compuesto “un felicísimo ingenio” (I, 48, 306), en clara alusión al Fénix<sup>4</sup>. Así, Avellaneda castiga el orgullo de quien se atribuía la capacidad de desplegar todos los saberes a los que se refiere el canónigo cervantino, encerrándolo en un manicomio, y la condición de “clérigo” del personaje enloquecido del *Quijote* apócrifo podría constituir una referencia al cura cervantino.

Y el clérigo loco de Avellaneda enlaza después una ridícula sarta de sentencias en latín referidas a distintas profesiones o condiciones:

Soy principio de desdichados y fin de venturosos. Los médicos me persiguen porque les digo con Mantuano:

*His etsi tenebras palpent, es data potestas  
Excruciandi aegros hominesque impune necandi.*

Los poderosos me atormentan porque con Casaneo les digo:

*Omnia sunt hominum tenui pendencia filo,  
Et subito casu quae valere ruunt.*

Los temerosos, odiosos y avaros, me querían ver abrasado porque siempre traigo en la boca:

*Quatuor ista, timor, odiym, dilectio, census,  
Satepesolent hominum rectos pervertere sensus...* (36, 712-713).

Y prosigue hilvanando otras sentencias similares.

Pues bien, todo indica que, a través del personaje del clérigo loco, Avellaneda no solo parodia la conversación del canónigo y el cura cervantinos, sino que satiriza además al propio Cervantes. En efecto, en el prólogo de la primera parte del *Quijote*, Cervantes se había burlado de las citas y anotaciones eruditas que Lope solía incluir en sus obras, y el personaje del clérigo loco parece también ideado para dar una réplica satírica a ese

---

<sup>4</sup> El texto del canónigo cervantino, a su vez, suponía una parodia de un fragmento de la *La Arcadia* (1598) de Lope de Vega: “Éste será Pompilio en la religión, Radamanto en la severidad, Belisario en el galardón, Anaxágoras en la constancia, Epaminundas en la magnanimidad, Temístocles en el amor de la patria, Periandro en el matrimonio, Pomponio en la verdad...” (1997: 163). Véase al respecto Gómez, 2000: 65-66. Como se explica en otro lugar, Jerónimo de Pasamonte se encontró con una disputa entablada entre Cervantes y Lope de Vega, reflejada claramente en textos publicados y asequibles a cualquier lector, como *La Arcadia* (1598), *El peregrino en su patria* (1604), la *Jerusalén conquistada* (1609) y la propia primera parte del *Quijote*, en la que Cervantes atacaba a Lope. Y como el aragonés también había sido zaherido por Cervantes en esa obra a través de la figura del galeote Ginés de Pasamonte, tomó partido por el Fénix e hizo suya su defensa, sin que eso implique que Avellaneda tuviera que pertenecer, como en ocasiones se ha dado por supuesto, al círculo de amistades de Lope de Vega (Martín, 2005: 80).

prólogo cervantino. Así, Cervantes se había pintado a sí mismo en su prólogo pensativo e “*imaginativo*” (I, prólogo, 148), y Avellaneda dice que el clérigo loco “estaba en una profundísima *imaginación*”. Y para solucionar la aparente preocupación que le producía el hecho de que su libro no iba adornado con las sentencias eruditas que llevaban otras obras, en clara alusión a las de Lope de Vega, Cervantes había inventado la aparición en su aposento de un supuesto “amigo” que se encargaba de resolver todas sus dudas, el cual decía, entre otras cosas, lo siguiente:

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer, de manera que venga a pelo, algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscallo; como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

*Non bene pro toto libertas venditur auro.*

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

*Pal[[]ida mors [a]jequo pulsat pede pauperum tabernas,  
regumque turres.*

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la *Escritura Divina*, [...] y decir las palabras, por lo menos, del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,  
tempora si fuerint nubila, solus erit.*

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy (I, prólogo, 149).

Avellaneda trató de defender al Fénix de este ataque cervantino por medio del personaje del clérigo loco, cuya actuación supone una parodia del comportamiento de ese supuesto “amigo” que aparecía en el prólogo cervantino. Así, Avellaneda hace pronunciar al clérigo loco una sarta de latines tan disparatada como la que había enunciado el “amigo”, al que considera un simple desdoblamiento de Cervantes, dando así a entender que éste debería estar encerrado en un manicomio. A este respecto, Monique Joly considera que la figura del clérigo loco de Avellaneda constituye “una transparente máscara” del propio Cervantes (Joly, 1996: 157). Y las palabras que el clérigo loco dirige a don Quijote parecen confirmarlo, ya que sugieren que detrás de su persona se esconde la figura del mismo Cervantes: “¡Ah, señor caballero! Y si supieseis quién soy...” (712).

Al leer el manuscrito del *Quijote* apócrifo, Cervantes seguramente se vio representado en el personaje del clérigo loco, y decidió dar una réplica irónica en sus obras al episodio avellanedesco en el que dicho personaje aparecía. Así, en el primer capítulo de la segunda parte del *Quijote* cervantino, el barbero narra un cuento de un loco graduado en cánones y encerrado en el manicomio de Sevilla que supone un clarísimo remedo del episodio del clérigo loco de Avellaneda (Martín, 2001: 214-215; 2005: 183), y en el prólogo de esa misma segunda parte, Cervantes incluyó dos cuentos de locos que también remiten al mismo episodio de la obra apócrifa (Martín, 2001: 209-210; 2005: 256). Pero ya al escribir *El licenciado Vidriera*, Cervantes se propuso dar respuesta a ese episodio.

En efecto, el personaje que pasa a denominarse licenciado Vidriera no solo es un loco, como el de Avellaneda, sino que también enuncia una serie de sentencias relativas a diferentes oficios y condiciones, las cuales constituyen una clara réplica de las que emitía el clérigo loco avellanedesco. Pero si éste aparecía como un ser enloquecido y grotesco, el personaje cervantino resulta atractivo en su propia locura, de manera que sus sentencias causan la admiración de quienes le escuchan. De hecho, el personaje es más apreciado por sus oyentes mientras está loco que cuando recupera finalmente la razón,

con lo cual Cervantes valora su mismo desquiciamiento, replicando así al hecho de que Avellaneda tratara de burlarse de él representándolo como un lunático.

A este respecto, cabe recordar que el apartado dedicado a la exposición de las sentencias, apotegmas y dichos ingeniosos del licenciado Vidriera es el más extenso de la novela, y que las partes propiamente narrativas (la que relata las primeras experiencias de Tomás Rodaja y la que narra los avatares de quien finalmente pasa a llamarse Tomás Rueda) están muy escasamente desarrolladas (Sevilla, 1996: XLI-XLII), lo que ha hecho pensar a algunos críticos que dichas partes constituyen un simple marco argumental en el que insertar el apartado dedicado a la exposición de las sentencias. Y si Cervantes organizó así su novela, seguramente fue debido a su intención de dar respuesta al episodio del clérigo loco de Avellaneda y a las sentencias disparatadas que emitía, creando un relato en el que las sentencias ocuparan el lugar principal y pasaran a ser atractivas.

El clérigo loco de Avellaneda emite distintas sentencias en latín, tomadas de los catálogos, *officinas* y *polyantheas* de la época (Fernández de Avellaneda, 2000: 712-716, notas), sobre diversas profesiones y condiciones (médicos, poderosos, temerosos, odiosos, avaros, detractores, poetas, historiadores, soldados, letrados, damas, casadas, niñas, hermosas, ociosos amantes y sacerdotes), y todas ellas tienen un marcado carácter crítico. Y el licenciado Vidriera enuncia, como dice el narrador, sentencias “de todos los oficios” (590)<sup>5</sup>, y expone además algunos dichos ingeniosos, como los dedicados a determinar quién había sido el hombre más dichoso del mundo, o a describir las características de Madrid y Valladolid, los cuales, salvo algunas excepciones (como en el caso de los escribanos y de los religiosos), tienen también un carácter crítico o burlesco.

Todas las sentencias del clérigo loco de Avellaneda están en latín, lengua que Jerónimo de Pasamonte se jactaba de dominar en su autobiografía (18), mientras que Cervantes, que en *El coloquio de los perros* censura el empleo desafortunado del latín que habían realizado Pasamonte y Avellaneda (Martín, 2005: 147-148), hace que su licenciado Vidriera emita casi todas sus sentencias en castellano, y que tan solo se dirija en latín a una ropera y recuerde unos versos latinos de Ovidio y algunas citas bíblicas en latín relativas a los médicos, al hombre más dichoso del mundo o a los escribanos.

Algunos de los oficios o condiciones a los que se refieren el personaje de Avellaneda y el de Cervantes son coincidentes, pues tanto el uno como el otro exponen sus juicios o sentencias sobre médicos, detractores o murmuradores, poetas y sacerdotes o religiosos. Ambos coinciden en sus críticas a los detractores o murmuradores, pero Cervantes corrige a Avellaneda a propósito de otras sentencias: así, el clérigo loco de Avellaneda denuncia el poder que tienen los médicos de atormentar a los enfermos y de matar impunemente: “*His, etsi tenebras palpent, est data potestas / Excruciandi aegros hominesque impune necandi* [Éstos, aunque palpen tinieblas, tienen el poder de atormentar enfermos y matar impunemente hombres<sup>6</sup>]”. Y el licenciado Vidriera

---

<sup>5</sup> En concreto, Vidriera se refiere a las siguientes profesiones o condiciones: roperas, prostitutas, esposas adúlteras y hombres abandonados por su mujer, muchachos que quieren independizarse, cristianos viejos y nuevos, maestros, alcahuetas, cazadores de altanería y cazadores de liebres, poetas, pintores, librerías, azotados, porteadores de sillas de manos, mozos de mulas, marineros, carreteros, arrieros, boticarios, médicos, envidiosos, jueces de comisión, sastres, zapateros, “bancos” o cambiadores, banqueros genoveses, pasteleros, titereros, comediantes y autores, diestros, personas con las barbas teñidas, dueñas, escribanos, alguaciles, procuradores y solicitadores, músicos, correos de a pie, cortesanas, murmuradores, religiosos, gariteros y tahúres.

<sup>6</sup> Se trata de una máxima de Juan Bautista Mantuano. Transcribimos la traducción de Luis Gómez Canseco en su citada edición del *Quijote* apócrifo, 36, 712, nota 17.

establece una distinción entre los buenos y los malos médicos, alabando a los primeros<sup>7</sup> y exponiendo una sentencia muy similar a la del clérigo loco sobre los segundos: “Solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo” (590). El clérigo loco dice lo siguiente a propósito de los sacerdotes: “Los sacerdotes se avergüenzan de que les repita lo que dijo Judich a los de su vieja ley: *Et nunc, fratres, quoniam vos estis presbiteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima illorum, ad eloquium vestrum corda eorum erigite* [Y ahora, hermanos, aunque seáis sacerdotes en el pueblo de Dios y de vosotros penda el espíritu de éstos, levantad sus corazones a vuestras palabras<sup>8</sup>]. Y Cervantes corrige a Avellaneda al hacer que el licenciado Vidriera se enoje al escuchar una burla a propósito de “un religioso muy gordo”, recriminando al autor de la misma con las siguientes palabras: “Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos* [“No toquéis a mis ungidos<sup>9</sup>”]” (593).

Pero la corrección más significativa que Cervantes realiza a Avellaneda tiene que ver con unos versos de Ovidio que el licenciado Vidriera trae a colación a propósito de los poetas y de la poesía. En el capítulo 25 de la obra de Avellaneda, don Quijote había dicho lo siguiente: “Que los que profesamos el orden de la caballería andantesca [...], también gustamos de cosas de poesía, y aun tenemos voto en ellas, y nuestra punta nos cabe del furor divino; que dijo Horacio: *Est deus in nobis*” (25, 564). El don Quijote avellanedesco alude así al concepto platónico del “furor divino”, y se confunde al atribuir el verso a Horacio, pues es de Ovidio (*Fastos*, VI, 5). Y el licenciado Vidriera, al ser preguntado sobre los poetas, dice lo siguiente: “Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y dellos dice Ovidio: “*Est Deus in nobis, agitante calescimus illo* [Hay un dios en nosotros: impulsados por él, nos enardecemos<sup>10</sup>]” (589). Así pues, Vidriera también se refiere a Platón y reproduce el mismo verso que había citado el don Quijote avellanedesco, pero atribuyéndoselo a su verdadero autor, en lo que constituye una diáfana alusión correctiva al manuscrito de Avellaneda. Y el clérigo loco había dicho lo siguiente a propósito de los poetas, lamentando la afectación con que pronuncian sus composiciones: “Los poetas me tienen por hereje porque les digo, del afecto con que leen sus versos, lo de Horacio: *Indoctum, doctumque fugat recitator acerbus, / quem vero arripuit tenet, occiditque legendo, / non missura cutem nisi plena cruoris hirudo* [A indoctos y a doctos ahuyenta el rapsoda pelmazo; al que agarra, lo retiene y lo mata leyendo, sanguijuela que no soltará la piel sino ahíta de sangre<sup>11</sup>]. Y el licenciado Vidriera, como en el caso de los médicos, distingue entre los buenos y los malos poetas, alabando a los primeros (“Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta...” [589]) y criticando, como había hecho el clérigo loco de Avellaneda, la afectación con la que leen sus versos los segundos: “...y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfenicado” (589).

---

<sup>7</sup> “*Honora medicum propte necessitatem, etenim creavit eum Altissimus. A Deo enim est omnis medela, et a rege acciēt donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit medicina, et vir prudens nos ab[h]orrebūt illum*” (590). Se trata de una cita del *Eclesiástico*, XXXVIII, I-IV: “Honra al médico por cuanto tienes de él necesidad, pues a él también le ha creado Dios. De Dios procede la habilidad del médico, y del rey recibe obsequios. La ciencia del médico hácele llevar erguida la cabeza y se mantiene delante de los grandes. Dios saca de la tierra los remedios y un hombre inteligente no los despreciará” (Cervantes, 1996, 92, nota 121).

<sup>8</sup> *Iudith*, 8, 21. Traducción de Luis Gómez Canseco (36, 716, nota 32).

<sup>9</sup> *Paralipomenos*, XVI-xxii y *Salmos*, CIV-xv (Cervantes, 1996, 104, nota 178).

<sup>10</sup> Cervantes, 1996, 87, nota 96.

<sup>11</sup> Horacio, *Epistula ad Pisones*, 474-476. Traducción de Luis Gómez Canseco (36, 714, nota 21).

Por lo tanto, las sentencias del enloquecido Vidriera sobre distintos oficios o condiciones representan, en general, la réplica cervantina a las sentencias del mismo tenor que emitía el clérigo loco de Avellaneda, y Cervantes remeda y corrige claramente algunas de las afirmaciones del personaje avellanedesco, siguiendo un procedimiento similar al que emplearía en la segunda parte de su *Quijote*, en la que también remedaría y corregiría los episodios o expresiones de Avellaneda.

Por lo demás, en el apartado dedicado a exponer las vivencias del licenciado Vidriera hay varias alusiones cervantinas al manuscrito del *Quijote* apócrifo y a la identidad de su verdadero autor. Así, se dice que, cuando Vidriera salió a andar por la ciudad, “Cercáronle luego *los muchachos*” (588), los cuales le seguirán, y en gran número, durante el resto de la obra: “*le seguían* siempre muchos” (588). Y también una gran cantidad de muchachos seguía al don Quijote de Avellaneda, caracterizado igualmente por su locura: “se les comenzó a juntar una grande multitud de *muchachos*” (7, 302); “una multitud increíble de niños que *le seguían*” (36, 710). La primera vez que se menta el nuevo nombre que adquiere el personaje cervantino, se hace de la forma siguiente: “-Hermano licenciado Vidriera (*que así decía él que se llamaba*)...” (588). Las palabras del paréntesis recuerdan las que Cervantes dedicaría expresamente a Avellaneda en la segunda parte de su *Quijote* (“...no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, *que él dice ser natural de Tordesillas*” [II, 70, 496-497]), y suponen una primera alusión a la falsedad del nombre del “licenciado Avellaneda” que figuraba en la portada del *Quijote* apócrifo.

Poco después, se dice en la novela cervantina lo siguiente:

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se estendió por toda Castilla; y, llegando a noticia de un príncipe, o señor, que estaba en la Corte, quiso enviar por él, y encargóselo a un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase; y, topándole el caballero un día, le dijo:

-Sepa el señor licenciado Vidriera que un gran personaje de la Corte le quiere ver y envía por él.

A lo cual respondió:

-Vuesa merced me escuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto, el caballero le envió a la Corte, y para traerle usaron con él desta *invención*: pusiéronle en unas árg[u]enas de paja, como aquéllas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese a entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó a Valladolid; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él, de quien fue muy bien recibido, diciéndole:

-Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera (588-589).

Cervantes realizó en este pasaje claras alusiones al manuscrito del *Quijote* apócrifo. Vidriera es un loco atractivo que es pretendido, para que le sirva de diversión, por un príncipe o señor principal de la corte, el cual encarga que se las ingenie para llevarlo a su casa a un amigo noble, que se sirve para ello de un engaño o *invención*. Y exactamente lo mismo pasaba con el don Quijote de Avellaneda, otro loco gracioso que, merced también a un engaño o *invención* de otro personaje noble, Álvaro Tarfe, era llevado a la corte, donde era recibido después en casa de un señor principal, que se hacía pasar burlonamente por el “Archimpámpano de Sevilla”. De hecho, ya en el capítulo segundo del *Quijote* apócrifo, cuando don Álvaro Tarfe conoce a don Quijote y se da cuenta de lo divertido que resulta, piensa lo siguiente: “Por Dios, que si el rey de España supiese que este entretenimiento había en este lugar, que, aunque le costase un millón, procurara tenerle consigo en su casa” (2, 236). Don Álvaro Tarfe y otro personaje noble, don Carlos, se proponen engañar después a don Quijote para llevarlo a la corte: “Antes es de importancia que demos orden [...] que pieza tan singular y que es tan de rey entre por nuestra industria en la corte para regocijarla” (13, 193). Y el engaño del que se sirven para conducirlo hasta la corte (consistente en hacerle creer que allí le espera un adversario para

combatir con él) es denominado, como en la novela cervantina, “invención”: “Pareció tan aguda la *invención* a don Álvaro...” (13, 394)<sup>12</sup>.

Vidriera llega de noche a la corte, y es conducido a la casa del señor que lo había reclamado. También el don Quijote de Avellaneda era conducido en la noche de su llegada a la corte madrileña a casa de un señor principal: “Maravillóse mucho el caballero de lo que se le decía de aquel hombre, y propuso luego llevársele a su casa aquella noche...” (29, 625). Y el personaje cervantino es muy bien recibido en casa del personaje principal, el cual le sigue el juego tratándolo con el nombre que él mismo se adjudicaba de “señor licenciado Vidriera”, de igual manera que el don Quijote de Avellaneda era muy bien acogido en casa del Archipámpano, el cual lo trataba como si fuera un caballero andante y lo llamaba por el sobrenombre que se atribuía: “Infinito huelgo, invicto y gallardo manchego, de que hayáis querido hacer elección de mi corte [...], pues estando vos en ella y siendo el Caballero Desamorado...” (32, 660).

En la novela cervantina se especifica que Vidriera llega a la corte de Valladolid, y, comoquiera que la corte estuvo en Valladolid entre enero de 1601 y abril de 1606, se ha especulado con la posibilidad de que Cervantes escribiera su novela en torno a esas fechas. No obstante, y dado que a Cervantes se le escapan un par de datos que se refieren a la corte madrileña<sup>13</sup>, se ha pensado que la obra había sido culminada tras el regreso de la corte a Madrid, y la opinión más generalizada, como indica Jorge García López, “ha privilegiado una datación en torno a 1605-1606” (Cervantes, 2005: LX). Sin embargo, *El licenciado Vidriera* solo pudo escribirse después de que el manuscrito del *Quijote* apócrifo se pusiera en circulación en una fecha posterior al 29 de mayo de 1610, ya que la novela cervantina constituye básicamente una respuesta al episodio del clérigo loco de Avellaneda. Y si Cervantes indicó que la fama del licenciado Vidriera se extendió “por toda *Castilla*”, y situó la acción en Salamanca y en Valladolid, seguramente fue debido a su intención de realizar nuevas alusiones a Avellaneda, quien había culminado su obra anticipando un resumen de las nuevas aventuras de don Quijote en “*Castilla la Vieja*” (36, 720), especificando en su frase final algunas de las ciudades de su recorrido, que en parte coinciden con las ciudades castellanas en las que transcurren las peripecias del licenciado Vidriera: “y él [Don Quijote], sin escudero, pasó por *Salamanca, Ávila y Valladolid*” (36, 721).

En la novela cervantina se dice después lo siguiente: “Vio un día en la acera de san Francisco unas *figuras pintadas de mala mano*, y dijo que los buenos pintores imitaban a naturaleza, pero que los malos la vomitaban” (589). Y en el *Quijote* apócrifo se empleaba una expresión semejante a propósito de las figuras pintadas en la adarga o escudo de don Quijote: “si bien de ver su figura [...] y grande adarga llena de *pinturas y figuras de bellísima mano*, se reían todos y le silbaban” (11, 357)

Y en otro momento posterior de la novela cervantina se hace una significativa referencia a Avellaneda:

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó *Señor Licenciado*; y, sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

---

<sup>12</sup> En otra novela ejemplar cervantina, *La gitanilla*, Cervantes también alude claramente a una de las frases transcritas de Avellaneda (“*que demos orden [...] que pieza tan singular y que es tan de rey entre por nuestra industria en la corte para regocijarla*”), cuando un teniente dice a Preciosa lo siguiente: “*Calla, que yo daré traza que sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes*” (522). Así pues, el manuscrito del *Quijote* de Avellaneda resulta esencial para realizar la datación de varias novelas ejemplares cervantinas.

<sup>13</sup> En concreto, incluye a un muchacho “que escribía en un oficio de Provincia” [591], nombre que se daba en Madrid a la cárcel de Corte, situada en la plaza de la Provincia, y menciona el “patio de los Consejos” [593], que estaba en el madrileño Alcázar de los Austrias (Sevilla, 1996: XXXVIX).

-Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.  
-A lo cual dijo el amigo:  
-Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.  
Respondióle Vidriera:  
-Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas y no las alcanzáis de profundas (591).

La inclusión de alguien que se hace llamar “licenciado” sin serlo remite al falso título de licenciado que Avellaneda se había adjudicado en la portada del *Quijote* apócrifo. De hecho, Cervantes realiza una alusión muy similar a Avellaneda en *El coloquio de los perros*, en el momento en el que el perro Berganza participa en un espectáculo público organizado por uno de sus amos, el cual le conjura para que salte por un aro:

El primer conjuro deste día (memorable entre todos los de mi vida) fue decirme: ‘Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces que se escabecha las barbas; y si no quieres, salta por la pompa y el aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega que servía en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? Pues salta por el *bachiller* Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno (675-676).

Los conjuros del amo de Berganza no tienen sentido en sí mismos ni en relación con la novela en que se inscriben, y solo lo cobran al considerar su carácter alusivo. Dichos conjuros, como se ha explicado en otros lugares (Martín, 2005: 150-151; en prensa), suponen una burla de los que empleaba Pasamonte para alejar a los seres infernales que se le aparecían en sus “visiones” (“*Conjuro te per individuum Trinitatem ut vadas ad profundum inferni*” [52]), e incluyen además otras alusiones al *Quijote* apócrifo<sup>14</sup>. Pero ahora nos interesa destacar el último de los conjuros, en el que se hace referencia al “*bachiller* Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno”. A través de dicho conjuro, Cervantes alude claramente a Avellaneda, rebajando a bachiller (en el sentido de “hablador sin fundamento” que, según el diccionario de Covarrubias, el término tenía en la época) el grado de licenciado que Avellaneda se atribuía falsamente en la portada de su obra. Y con el nombre de ese “*bachiller* Pasillas” Cervantes sugirió la verdadera identidad de Avellaneda, ya que sus primeras letras coinciden con las de Pasamonte.

Pues bien, en la expresión alusiva a Avellaneda que figura en *El coloquio de los perros* (“el *bachiller* Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno”) figuran dos términos que también aparecen en el fragmento transcrito de *El licenciado Vidriera* (“el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de *bachiller*”), lo que indica que esta última frase también alude a Avellaneda. De hecho, Cervantes emplea en ella la expresión despectiva “el tal” (“*el tal* a quien llamaron licenciado...”), la cual Cervantes repite frecuentemente en la segunda parte de su *Quijote* cuando se refiere de forma expresa o encubierta a Pasamonte o a Avellaneda: “*el tal* maese Pedro” (II, 25, 388); “*el tal* don Jerónimo” (II, 59, 471); “*un tal* vecino de Tordesillas” (II, 62, 481); “*un tal* de Avellaneda” (II, 72, 501). Y si en el fragmento de *El coloquio de los perros* Cervantes realizaba alusiones conjuntas a los manuscritos del *Quijote* apócrifo y de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, indicando así que pertenecían al mismo autor, lo mismo ocurre en el fragmento de *El licenciado Vidriera*, en el que la referencia a “los frailes de la redención de cautivos”

---

<sup>14</sup> Así, la mención del viejo verde que disimula su edad escabechándose o tiñéndose las barbas va dirigida a Avellaneda, quien en el *Quijote* apócrifo tildaba de viejo a Cervantes a pesar de ser tan solo cinco años y medio menor que él; la “*pompa*” y el nombre de “*Pimpinela de Plafagonia*” sugieren el del “*Archipámpano de Sevilla*” avellanedesco, y la expresión relativa a “*la moza gallega* que servía en *Valdeastillas*”, encierra una alusión a la “*moza gallega*” (4, 268) y al “mesonero de *Valde Estillas*” (36, 721) que figuraban en el *Quijote* de Avellaneda.

remite al largo cautiverio de dieciocho años descrito en la autobiografía de Pasamonte y a su posterior liberación del mismo.

Por otra parte, Cervantes emplea las expresiones “un conocido suyo” y “el amigo” para referirse a la relación entre el licenciado Vidriera y el personaje que se hacía pasar falsamente por licenciado. La primera de esas expresiones recuerda la que aparecía en uno de los conjuros del amo de Berganza (“por aquel viejo verde *que tú conoces*”), y ambas sugieren que Cervantes conocía muy bien la identidad de Avellaneda. Y en cuanto al término “amigo”, tal vez podría aludir a una antigua relación de amistad entre Cervantes y Pasamonte, cuando, entre agosto de 1571 y abril de 1572, ambos sirvieron como soldados en el mismo tercio de Miguel de Moncada (Martín, 2005: 24-25). En cualquier caso, la crítica irónica contra las cualidades de quien se define a sí mismo como “hombre de altas y de profundas letras” (y también Ginés de Pasamonte ensalzaba su propia obra en la primera parte del *Quijote* [I, 22, 209]) sin duda va dirigida contra Avellaneda, que se había constituido en rival literario de Cervantes al proseguir la historia de don Quijote.

Más adelante, Vidriera dirige duros ataques contra los titereros (“De los titereros decía mil males... [591]), similares a los que realiza Berganza en *El coloquio de los perros*: “que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos; por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos” (675). Estas diatribas contra los titereros tendrían su continuación en la segunda parte del *Quijote* cervantino, en la que Ginés de Pasamonte se disfraza de maese Pedro y se convierte en titerero. Además, Vidriera arremete contra los que se tiñen las barbas (“Contra los que se teñían las barbas tenía particular enemistad” [592]), de igual manera que en los conjuros de *El coloquio de los perros* se hace referencia a un “viejo verde [...] que se escabecha las barbas”. Las coincidencias que se producen entre *El licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros* (el ataque contra quien se hace pasar por licenciado sin serlo, la diatriba contra los titereros o la burla de quienes se tiñen las barbas) indican que ambas novelas (así como el episodio del titerero maese Pedro de la segunda parte del *Quijote*) fueron compuestas con la misma intención de replicar a Avellaneda, y probablemente en fechas no muy alejadas.

Finalmente, el licenciado Vidriera recupera la razón:

Dos años o poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la Orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera, movido de caridad; y le curó y sanó, y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso (593).

En ese religioso se ha visto una alusión “al benedictino fray Pedro Ponce de León, que inventó un sistema par hacer hablar a los mudos” (Cervantes, 2005: 299, nota 222). Y bien pudiera ser. Con todo, Pedro Ponce de León era benedictino, y no jerónimo. A nuestro modo de ver, Cervantes podría haberse inspirado en Ponce de León, pero si no indica su nombre y hace que su fraile pertenezca a “la Orden de San *Jerónimo*”, es para realizar una nueva alusión a *Jerónimo* de Pasamonte. Además, Cervantes podría conocer y sugerir la posible condición de fraile de Jerónimo de Pasamonte, el cual seguramente acabó sus días como fraile bernardo del Monasterio de Piedra (Martín, 2005a: 5-13).

Por otra parte, se dice que el personaje cervantino “*volvió a su primer juicio*”, palabras que remedan las que había empleado Avellaneda en el primer capítulo de su obra para describir la curación de don Quijote: “le *volvieron* poco a poco a su natural *juicio*”; “fue reducido [...] a su *antiguo juicio*” (I, 208-209). Pero el don Quijote avellanedesco volvía después a enloquecer y realizaba la tercera salida (don Quijote ya había hecho dos en la primera parte cervantina), cuyo relato ocupaba casi la totalidad de la obra, hasta que, finalmente, era ingresado en el manicomio o Casa del Nuncio de Toledo, donde recuperaba de nuevo la razón: “barruntos hay y tradiciones de viejísimos manchegos de que *sanó* y salió de dicha Casa de Nuncio; y, pasando por *la corte*...” (36,

720). Y exactamente lo mismo ocurre con el personaje cervantino: “Y así como [el fraile jerónimo] le vio sano, le vistió como letrado y le hizo volver a la Corte” (593). Así pues, tanto el licenciado Vidriera como el don Quijote avellanedesco recuperan la razón al final de sus respectivas obras merced a la intervención de personas especializadas en la curación de la locura, y ambos regresan a la corte.

Ya casi al final de la novela, se dice que el personaje cervantino, al volver a la corte, “fue conocido de los muchachos; mas, como le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grito” (593), en lo que constituye una nueva alusión a Avellaneda, quien se había referido a “la grito de los muchachos que [don Quijote] llevaba tras sí” (14, 402). Se especifica después que “llevaba tras de sí más de docientas personas de todas suertes”, y se añade lo siguiente: “Con este acompañamiento, que era más que de un catedrático, llegó al patio...” (593). En estas palabras hay una nueva corrección a lo expresado en otro pasaje del *Quijote* apócrifo, al que Cervantes también se refirió de manera burlesca en *El coloquio de los perros*. En la obra de Avellaneda, estando en Alcalá de Henares, don Quijote se encuentra con un paseo de homenaje que hace “la Universidad a un doctor médico que ha llevado la cátedra de Medicina” (28, 614), y se concreta el número de estudiantes de Medicina que participan en el mismo: “que van ya paseando por todas las calles principales, con más de dos mil estudiantes” (28, 614). En *El coloquio de los perros*, Cervantes se burla de la exagerada cantidad de estudiantes de Medicina apuntada por Avellaneda (Martín, 2005: 145), cuando Berganza cuenta que oyó decir a un estudiante en Alcalá de Henares que “de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año la Universidad, los dos mil oían Medicina”, añadiendo lo siguiente: “o [...] estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre” (665). Y en el pasaje transcrito de *El licenciado Vidriera*, al decir que el acompañamiento de doscientas personas era mayor que el “de un catedrático”, Cervantes también corrige el mismo pasaje del *Quijote* apócrifo, reduciendo considerablemente el número de dos mil estudiantes indicado por Avellaneda.

Y estando ya cuerdo en la corte, vuelve a cambiar de nombre: “Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía: soy ahora el licenciado Rueda” (593). El nuevo nombre de “licenciado Rueda” sigue presentando claras analogías con el del “licenciado Avellaneda”; y, también al final de la obra apócrifa, don Quijote adoptaba un nuevo nombre. En efecto, Avellaneda anunciaba en el párrafo final de su obra que don Quijote, tras salir sano del manicomio toledano e ir a la corte, volvía a enloquecer y realizaba una cuarta salida en busca de aventuras con un sobrenombre distinto:

Pero, como tarde la locura se cura, dicen que, en saliendo de la corte, volvió a su tema, y que, comprando otro mejor caballo, se fue la vuelta de Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupendas y jamás oídas aventuras [...], y él, sin escudero, pasó por Salamanca, Ávila y Valladolid, llamándose *el Caballero de los Trabajos*, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre (36, 720-721).

Si los nombres del “licenciado Vidriera” y del “licenciado Rueda” remiten al del “licenciado Avellaneda”, los tres nombres que Cervantes adjudica al protagonista de su novela ejemplar (Tomás Rodaja, licenciado Vidriera y Tomás Rueda) tienen su correlato en los que adopta en la obra apócrifa el don Quijote avellanedesco, el cual inicialmente firma su carta a Dulcinea como “*El Caballero de la Triste Figura*” (2, 233), pasa después a llamarse “*El Caballero Desamorado*” (4, 259), y adopta finalmente el sobrenombre de “*El Caballero de los Trabajos*” (36, 721). Y los tres momentos del personaje cervantino (su cordura inicial, su enloquecimiento y la recuperación del juicio y vuelta a la corte) presentan una clara correspondencia con los del protagonista del *Quijote* apócrifo, pues Avellaneda había hecho que don Quijote recuperara la razón en el primer capítulo de su obra, que volviera a enloquecer protagonizando una tercera salida, y que recuperara

finalmente la razón y volviera a la corte. Pero si Avellaneda anunciaba al final de su obra que don Quijote volvería nuevamente a enloquecer y realizaría una cuarta salida, Cervantes hace que Tomás Rueda muera cuerdo, como también moriría cuerdo su don Quijote para impedir la anunciada continuación de su historia por parte de Avellaneda. De hecho, la actitud que adopta Tomás Rueda y las palabras que pronuncia (“Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía: soy *ahora* el licenciado Rueda”) son muy parecidas a las de don Quijote en su lecho de muerte (“Señores, vámonos poco a poco [...]; fui don Quijote de la Mancha y soy *ahora*, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno” [II, 74, 504]). Y como la muerte del don Quijote cervantino se produce para evitar la continuación anunciada de Avellaneda (Martín, 2001: 413-421; 2005: 246-252), cabe pensar que, al poner esas palabras en boca de Tomás Rueda, Cervantes también tenía en mente a su rival.

Por lo demás, Tomás Rueda pretende ejercer como graduado en leyes en la corte, pero no consigue hacerlo, pues la gente espera que se siga comportando como lo hacía el licenciado Vidriera, y se ve obligado a abandonar su pretensión y a servir como soldado:

-¡Oh Corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Esto dijo y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado (593).

Y algo muy similar le ocurría a Jerónimo de Pasamonte, el cual se había presentado en su autobiografía como un pretendiente que reclamaba insistentemente en la corte, a cambio de los servicios prestados al rey en la milicia, algún beneficio que le permitiera ser sacerdote, viendo como se alargaba la solución de su caso sin conseguirlo, hasta que, finalmente, se veía obligado a servir como soldado en el Reino de Nápoles (capítulos 40-45).

Por otra parte, el párrafo final de Avellaneda guarda cierta similitud con el de la novela ejemplar cervantina. A este respecto, Cesare Segre opina que la parte final de *El licenciado Vidriera* “permanece narrativamente embrional” (1990: 53, nota 1), apreciación que es igualmente aplicable al escueto esbozo de la cuarta salida de don Quijote que realiza Avellaneda. Y si éste dice irónicamente que los trabajos de don Quijote merecen ser celebrados, Cervantes hace que Tomás Rueda cobre fama por los suyos.

En definitiva, el título de *El licenciado Vidriera* remite al grado y nombre falsos del “licenciado Avellaneda”, y el contenido de la obra constituye en buena parte una réplica al episodio del clérigo loco del *Quijote* apócrifo, lo que permite precisar que la novela ejemplar cervantina se compuso después del 29 de mayo de 1610 (pues el manuscrito de Avellaneda se puso en circulación con posterioridad a esa fecha) y antes del 2 de junio de 1612 (día en que se firmó la solicitud de aprobación de las *Novelas ejemplares*). Al igual que en *El coloquio de los perros*, Cervantes realizó en *El licenciado Vidriera* frecuentes referencias encubiertas al manuscrito de la *Vida y trabajos de Pasamonte* y al del *Quijote* de Avellaneda. Las alusiones a la autobiografía del aragonés se producen sobre todo en la primera parte de la obra (en la que se narran las primeras experiencias de Tomás Rodaja, su viaje a Italia y su envenenamiento por una morisca) y en la parte final de la misma (en la que el personaje se ve obligado a renunciar a su vocación y a servir como soldado), y las referencias al *Quijote* apócrifo se relacionan fundamentalmente con las sentencias y dichos del licenciado Vidriera. Al combinar las alusiones a la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* con las referencias al *Quijote* apócrifo, Cervantes dio a entender que ambos manuscritos pertenecían al mismo autor, lo que nos proporciona una nueva certeza sobre la identidad de Avellaneda: la de que el propio Cervantes lo identificaba con Jerónimo de Pasamonte.

## Obras citadas

- Caro Baroja, Julio (1992), "Magia y desequilibrio mental o el soldado hechizado", en *Vidas mágicas e Inquisición*, Madrid, Istmo, 2 vols., vol. I, pp. 359-371.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1996), *La española inglesa. El licenciado Vidriera. La fuerza de la sangre*, Madrid, Alianza Editorial, vol. 8 de Miguel de Cervantes, *Obra completa*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas,
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1999), *Obras completas*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo, Madrid, Castalia.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (2005), *El licenciado Vidriera*, en Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. de Jorge García López con "Estudio preliminar" de Javier Blasco y "Presentación" de Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, pp. 265-301.
- Fernández de Avellaneda, Alonso (2000), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha [1614]*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva.
- García López, Jorge (2005), "Prólogo" a Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. de Jorge García López con "Estudio preliminar" de Javier Blasco y "Presentación" de Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, pp. XLV-CXVII.
- Gómez Canseco, Luis (2000), "Introducción" a Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de L. Gómez Canseco, cit., pp. 7-138.
- Joly, Monique (1996), "Historias de locos", en Monique Joly, *Études sur Don Quichotte*, París, Publications de la Sorbonne, pp. 151-161.
- Kattan, Olga (1970), "Algunos paralelos entre Gerónimo de Pasamonte y Ginesillo en el *Quijote*", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 244, pp. 190-206.
- Martín Jiménez, Alfonso (2001), *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y «Avellaneda»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- Martín Jiménez, Alfonso (2004), "Cervantes versus Pasamonte («Avellaneda»): Crónica de una venganza literaria", en *Tonos Digital. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 8, diciembre 2004, 30 pp., <http://www.um.es/tonosdigital/znum8/>.
- Martín Jiménez, Alfonso (2005), *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Martín Jiménez, Alfonso (2005a), "El lugar de origen de Pasamonte en el *Quijote* de Avellaneda", en *Lemir. Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 9, 2005, 32 pp., <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista9/Revista9.htm>.
- Martín Jiménez, Alfonso (en prensa), "Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda: la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y *El coloquio de los perros*", en *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, <http://www.h-net.org/~cervantes/bcsalist.htm>.
- Pasamonte, Jerónimo de (1956), *Vida y trabajos*, en *Autobiografías de soldados (siglo XVII)*, ed. de José María de Cossío, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XC, Madrid, Atlas, 1956, pp. 5-73.
- Riquer, Martín de (1969), "El *Quijote* y los libros", en *Papeles de Son Armadans*, XIV, pp. 9-24.
- Riquer, Martín de (1972), "Introducción" a Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), 3 vols., cit., pp. VII-CIV.
- Riquer, Martín de (1988), *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988

- (nueva versión en Martín de Riquer, *Para leer a Cervantes*, cit., pp. 387-535).
- Riquer, Martín de (2003), *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado.
- Segre, Cesare (1990), "La estructura psicológica de *El licenciado Vidriera*", en *Actas del Primer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 53-62.
- Sevilla Arroyo, Florencio y Rey Hazas, Antonio (1996), "Introducción" a Miguel de Cervantes, *La española inglesa. El licenciado Vidriera. La fuerza de la sangre*, cit., pp. I-LXXXV.
- Vega Carpio, Lope de (1997), *Arcadía* [1598]. *El peregrino en su patria* [1604], en Lope de Vega, *Obras completas*, Prosa, I, Madrid, Biblioteca Castro.



**Carolina María Schindler** es Licenciada y Profesora en Letras, graduada en la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Actualmente es estudiante del Programa de Doctorado "El *Quijote* y la novela moderna" en la Universidad de Valladolid (España). Su trabajo de investigación se centra en la influencia de la obra de Cervantes en escritores argentinos. Ha participado en congresos y publicado artículos sobre el tema.



**Alfonso Martín Jiménez** es Profesor Titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Valladolid (España). Es autor de varios libros y artículos sobre Teoría de la Literatura, Crítica Literaria y Literatura Comparada. En el ámbito de los estudios cervantinos, ha publicado los libros *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca* (2001) y *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda* (2005).